



SERMÓN 9

La curación de un sordomudo

HIMNO INICIAL

Abre mis ojos a la luz – HA 195

SALUDO

Agradezco a cada uno que respondió a la invitación del Espíritu Santo y vino al culto de *Miércoles de poder*. Que la Palabra de Dios nos renueve una vez más. Esta es la novena reunión y estamos estudiando algunos de los milagros de Jesús que nos animan a creer, amar y servir al Dios que continúa realizando milagros hoy, en el contexto del tiempo del fin. Esta noche reflexionaremos en el milagro realizado en la vida de un hombre sordomudo.

INTRODUCCIÓN

No todos los sordos son mudos, ¿sabía? Algunos sordos hablan gracias al trabajo de la fonoaudiología. Por eso, la expresión “sordomudo es solo para una persona sorda de nacimiento y que padece por ello graves dificultades para hablar mediante la voz” (según el diccionario de la RAE). Y el término “sordo” tiene un significado diferente para la medicina y para la comunidad sorda. La medicina entiende que “sordo” es alguien diagnosticado con sordera profunda. Para la sordera leve o moderada, la expresión correcta es “deficiente auditivo”. La comunidad sorda considera “sordo” a quien pertenece a la comunidad sorda y utiliza la lengua de señas.

DESARROLLO

Los milagros detallados en los Evangelios demuestran claramente la importancia y el valor que Dios le da al ser humano, sin acepción de personas. Las personas enfermas o deficientes percibieron la simpatía y la misericordia del Salvador en la manera como él las trató. Y no fue diferente en el milagro realizado en la vida del hombre sordomudo. Vean el relato bíblico en el evangelio de Marcos, capítulo 7, versículos 31 al 37.

“Volviendo a salir de la región de Tiro, vino por Sidón al mar de Galilea, pasando por la región de Decápolis. Y le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que le pusiera la mano encima. Y tomándole aparte de la gente, metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua; y levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto. Al momento fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien. Y les mandó que no lo dijese a nadie; pero cuanto más les mandaba, tanto más y más lo divulgaban. Y en gran manera se maravillaban, diciendo: bien lo ha hecho todo; hace a los sordos oír, y a los mudos hablar”.

La región de Decápolis fue formada por los romanos alrededor del 65 a. C. Era una región habitada por personas gentiles y gobernada por los romanos, y estaba situada al este y sudeste del Mar de Galilea. Estaba constituida por diez ciudades, y gran parte de la población era griega y pagana (según la cosmovisión de los judíos). En esa región, Jesús expulsó demonios de un hombre gadareno. Al pasar por Decápolis le trajeron a Jesús un hombre sordo y tartamudo, solicitando que le impusiera las manos para sanarlo. Dos tipos de personas eran consideradas sordas por los judíos: las que no oían ni hablaban; y las que hablaban, pero no oían. Ese hombre se encajaba en el último grupo.

Tal vez, ese hombre comprendía muy poco la predicación y lo que las personas hablaban con él. Y su alabanza a Dios no podía expresarla con palabras completas. Sus oídos y boca estaban cerrados. Puede ser que las personas se burlaran de él, como sucede hoy en día. Algunos se ríen y burlan de lo que es diferente, especialmente si está relacionado a algún tipo de deficiencia física o mental.

En cada milagro, Jesús tenía una manera diferente de actuar. Esta vez, él retiró al hombre de en medio de la multitud y lo trató de modo personalizado, para estimular su fe y demostrar preocupación. Así, él nos

trata también, individualmente, de acuerdo con nuestras limitaciones, historia de vida y madurez espiritual. Para que el sordo notara la misericordia de Jesús, él usó más acciones externas de lo que solía hacer en los otros milagros. Habló con el sordo por gestos, “explicando lo que estaba haciendo”: tocó sus oídos con los dedos para indicar que libraría su audición. Después aplicó saliva en la lengua para indicar que libraría su expresión oral. Miró al cielo, indicando de dónde viene el poder que restaura y dijo: “Sé abierto”. Solo entonces, los oídos y la lengua del hombre se desataron, y habló y escuchó libremente. Al obrar ese milagro, Cristo incluyó al hombre nuevamente en la sociedad.

Entonces, el hombre pudo oír la voz de su Salvador. Podía comunicarse con las personas que amaba y fortalecer su fe y esperanza con el mensaje bíblico oral, común en su época. Esa secuencia de curación nos recuerda que “la fe viene por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Rom. 10:17). En la vida cristiana, se “oye” la Palabra de diversas maneras: hay personas que oyen la Palabra, practican la Palabra y cuentan su experiencia personal con la Palabra. Esas personas son felices, sienten paz y atraviesan las pruebas con relativa tranquilidad. Hay personas que oyen la Palabra, no practican la Palabra y no tienen qué decir sobre la vivencia con la Palabra. Esas personas saben encontrar algunos textos bíblicos, explicarlos superficialmente, pero no se benefician de la convicción de ser perdonadas o de recibir una nueva oportunidad para reafirmar relaciones fragilizadas, por ejemplo.

Hay personas que no oyen la Palabra ni practican sus consejos y hablan de lo que no conocen sobre la Palabra. Esas personas oyen solo lo que otros dicen sobre la Palabra. Comparan solo después de oír lo que decimos sobre la fe que tenemos y recibimos. El que no vive la experiencia de la gracia y el perdón no tiene qué decir porque no conoce. Es mucho más fácil y tentador hablar en vez de escuchar; ni qué decir de la sordera adoptada a propósito, en la que seleccionamos lo que queremos escuchar; y cuando Cristo bendice, abrimos los oídos; pero cuando él corrige y condena, fingimos no escuchar. ¿Ocurre eso con usted? ¿Será que Dios tiene que curar su sordera también?

Un detalle importante en esta historia que es necesario mencionar es que los amigos se compadecieron de ese sufriente: “Y le trajeron un sordo y tartamudo, y le rogaron que le pusiera la mano encima” (Mar. 7:32).

En un mundo donde las personas se preocupan primero por su bienestar, vemos a personas que demostraron empatía y acompañaron al sufriente hasta Jesús. Por esa razón, podemos llamar a esa curación “milagro de intercesión”. Los amigos del tartamudo también intercedieron por él. La intercesión por otros multiplica las bendiciones sobre la vida del intercesor.

En nuestra sociedad hay muchos sordos y tartamudos. Casi no se escuchan los gritos de los pobres, de los que tienen hambre, de los que son tratados injustamente, esclavizados, el grito de niños y mujeres violados, el grito de la tierra y de la naturaleza explotada, el grito de hambre y sed de Dios. ¿Somos esas personas que necesitan que sus oídos sean abiertos y su lengua desatada? ¿O somos como los que llevan al sordo y lo ponen delante de Jesús?

LLAMADO

Jesús usó una especie de lenguaje de señas en el proceso de curación, pero el poder transformador de su palabra fue inmediato. Él habló y el sordo fue sanado. ¿Hay alguien en esta noche que necesita que sus oídos y su lengua sean desatados? El agente del milagro es la Palabra de Dios. ¿Se da cuenta ahora de la importancia del estudio personal de la Biblia, con reflexión? No solo los oídos y la lengua del hombre sordo y tartamudo fueron abiertos y desatados, sino los de toda una región pagana, que comenzó a glorificar al Dios de Israel. Dios concedió nuevas oportunidades de salvación a personas que al principio lo habían rechazado. Así como los amigos llevaron a ese tartamudo a Jesús, todos podemos llevar personas a Jesús. Todos los que van a él son transformados y bendecidos.

HIMNO FINAL

Dulce oración – HA 376

ORACIÓN FINAL

¡Conozca más! Lea Mateo 15:29-39, la obra de Elena de White: *El Deseado de todas las gentes*, p. 371. Capítulo 44: “La verdadera señal”, y otra obra de Elena de White: *El ministerio de curación*, p.64. Capítulo 6: “Salvados para servir”.
